

CAPRICHOS DE UN FANTASMA

PRIMERA PARTE: CUANDO
CALLAN LAS ALMAS

UNA NOVELA DE
ARLENE SABARIS



Arlene Sabaris
Capricho De Un Fantasma

Содержание

Capítulo 1	5
Capítulo 2	8
Capítulo 3	12
Capítulo 4	17
Capítulo 5	22
Capítulo 6	27
Capítulo 7	31
Capítulo 8	35
Capítulo 9	40
Capítulo 10	46
Capítulo 11	52
Capítulo 12	57
Конец ознакомительного фрагмента.	58

Capricho de un fantasma
Primera Parte
Cuando Callan las Almas
Por Arlene Sabaris

Capítulo 1

El antiguo reloj de pared marcaba las siete de la noche. Aquella inmensa casa parecía susurrar por los pasillos su propia historia. Mientras tanto, Virginia tomaba su tercera taza de té de menta e intentaba redactar por última vez el informe que debía enviar antes de medianoche. No era una tarea sencilla pensar en el trabajo sabiendo que a solo unos pasos estaba el

La habitación pintada totalmente de blanco le transmitía paz; la vista desde su balcón a la piscina de la hermosa villa campestre invitaba a un chapuzón y sus dedos inquietos sobre el teclado le sugerían que le enviara un mensaje de texto a su vecino del cuarto de al lado. Escogió la paz

Siguió intentando despejar sus pensamientos, meditó unos minutos y volvió al teclado. Finalmente, cerca de las ocho de la noche, logró enviar el correo electrónico que esperaban en su oficina y pudo cerrar con entusiasmo la computadora. Le dio el último sorbo a su cuarta taza de té y el sabor familiar de la menta le recordó aquellos tiempos felices de mojitos y margaritas, cuando las risas escondidas con sus amigas eran la orden del día y las historias graciosas sobre estrellas que se van al infinito alumbraban las madrugadas, mientras caminaban en la Zona Colonial de una fiesta a otra. Ella nunca fue una chica de fiestas, pero sí una apasionada de la música, disfrutaba cada

cançons e incluso de cada pausa, los claxonos de conductores impacientes y hasta la melodía que parecía provenir de la brisa acariciando los muros de piedra colonial que encerraban terribles fantasmas sus propios fantasmas.

El sonido de unos pasos agitados interrumpió sus pensamientos y se quedó atenta esperando a que alguien llamara a la puerta de su habitación, pero no pasó nada. Se recostó una vez más en la inmensa cama con sábanas blancas y olor a flores frescas. Sintió que alguien pasaba cerca de su puerta y pensó que quizá había sido una empleada de la casa. Regresó a soñar despierta con su recién abandonada juventud; apenas pasaron unos instantes cuando el sonido de los pasos la hizo incorporarse. Esta vez puso más atención y su corazón dio un salto cuando escuchó que tocaban la puerta y la llamaban por su nombre.

¿Virginia? Soy yo, Andrés! ¿Puedo pasar?

Sí! pásame!

Voy a salir a cenar, ¿quieres ir?

Sí-, sí-, ¡me muero de hambre! Salgo en un momento.

El mundo siguió girando, a pesar de que se había parado por un instante o, mejor dicho, por dos; primero para Andrés, que había tenido que armarse de valor para tocar la puerta después de su primer intento fallido. Luego se detuvo para Virginia, que dejó de respirar cuando escuchó la voz de Andrés atravesar la puerta. Imposible saber quién intentaba parecer más indiferente o quién estaba más enamorado; su

historia era indescifrable a sus propios ojos y a ojos de cualquier espectador. La casa de playa donde estaban hospedados era el escenario ideal para definir hacia donde irían su relación, quizá; habían llegado el momento de que descubrieran qué pasaba entre ellos y por qué, aunque se conocían desde hacía mucho, habían sido incapaces de mirarse a los ojos el tiempo suficiente para descubrir sus verdaderas intenciones.

Tendrán dos días y dos noches completas solos en esa casa, pues el resto de los invitados no llegarán hasta el fin de semana, así que esa noche del miércoles será la primera vez que se sentarán a cenar sin que hubiera nadie en medio, porque juntos habían salido muchas veces, pero, ¿solos? ¿Solos jamás! Quizá eso les ayudará a desenmarañar su historia; nunca habían estado solos, algo superior a ellos dos lo había estado impidiendo todos estos años; ¿Quizá ese algo no había venido a la playa! ¿Quizá por fin podrán mirarse a los ojos!

Capítulo 2

Sus ojos café brillaban irresistibles esa noche, pensó ella, a pesar de que apenas y levantó la vista. Se incorporó y decidió cambiarse los pantalones cortos y la camiseta que llevaba por un vestido de playa con flores lilas y azules que llegaba al tobillo, el vaivén de su ancha falda imitaba el movimiento de las olas. También se puso unas sandalias azules adecuadas para caminar en la arena y un bolso diminuto donde apenas cabía su teléfono celular. El cabello, ahora largo a media espalda, un poco distinto a como lo llevaba cuando se conocieron, estaba recogido en el inicio de su cuello con sencillez; no quería parecer muy arreglada. Salió del cuarto y caminó por el pasillo escudriñando los cuadros en las paredes y procurando no hacer ruido. Sabía que ellos eran los dueños en la casa, pero la costumbre de salir de casa a hurtadillas de su hija pudo más y se dirigió con sigilo a la sala. Allí lo encontró sentado con la impaciencia típica de los hombres cuando tienen hambre, moviendo la rodilla derecha descontroladamente y mirando el reloj de pulsera que apenas marcaba diez minutos desde la última vez que se vieron.

“Podemos irnos! Estoy lista! ¿Dónde quieres cenar?”

“¡Por fin! La molesté, como siempre hacías. Lo que quieras, podemos ir al restaurante que está en La

Marina.

###De acuerdo.

La villa donde estaban hospedados pertenecía al lujoso y popular complejo vacacional Villas Paraíso, que se erguía presuntuoso en la línea de playa de Las Galeras en la península de Samaná. Muchas celebridades tenían propiedades allí, por lo que encontrarse a algún actor en la playa era cosa de todos los días. También las familias de alto abolengo disfrutaban los fines de semana en sus villas privadas, respirando aire fresco mientras las aguas del cristalino océano Atlántico se mecían a sus pies y el sol en eterno verano del Caribe Tropical bronceaba sus espaldas. En Villas Paraíso al traspasar la entrada principal viajabas a una dimensión paralela donde no había cuentas que saldar; solo estaban el mar, la música, las piñatas dulces, las copas de vino y té. Un verdadero paraíso tropical donde no pasaba nada pero a la vez podía pasar cualquier cosa; el cielo era literalmente el límite.

Andrés y Virginia salieron sin prisa, subieron al carrito de golf en el que podían trasladarse dentro del complejo y se dirigieron al restaurante. Él conducía y ella pretendía mirar el paisaje. Hablaron del clima, como era de esperarse, y finalmente, para hacer más ameno el camino, ella le preguntó qué le parecía el novio. Ciertamente, estaban allí por una boda, la de una amiga en común. Iveth se había casado y divorciado muy joven y ahora había encontrado el amor en Gastón, un joven fotógrafo muchos años menor que ella, a quien

había conocido en sus clases de Yoga. Era un chico apuesto y caballeroso que había nacido y vivido en Grenoble, Francia, hasta el traslado de su padre a la República Dominicana en una misión diplomática el año anterior. Se había instalado con su familia, compuesta solamente por Gastón y su madre, Elise. Recién graduado en Periodismo por la prestigiosa universidad de su ciudad natal, había hecho también estudios especializados en fotografía, por lo que encontró que hacer rápidamente y abrió un estudio fotográfico especializado en exteriores. Hablaba, además del francés, un español fluido, un portugués respetable y un inglés vergonzoso. Todo un galán. Como hubiese dicho la tía Esther, si ella tuviera 20 años menos! En fin, Iveth y Gastón llevaban juntos unos seis meses cuando decidieron casarse y allí estaban todos unos meses después, esperando a los invitados internacionales, a los familiares y amigos cercanos de la pareja. Un grupo de amigos de la novia decidió rentar una villa y la organizadora de la boda, una chica simpática llamada Lourdes, se encargó de gestionarla. Cuando Andrés recibió su llamada para que confirmara si iba acompañado y si podía compartir habitación, él le dijo que iría solo y que no necesitaba alojamiento, pues usaría la villa de sus padres. De inmediato, ella le preguntó si podía cederle lugar allí para guardar algunas cosas en los días previos a la celebración y si había espacio para acoger a algunos invitados de emergencia, a lo que él respondió que estaría allí desde el lunes para gestionar

algunos temas de mantenimiento, por lo que estaba a la orden si necesitaba algo.

Esta boda tenía un itinerario largo, pues primero habría un ensayo el jueves, luego una cena de compromiso el viernes y, finalmente, la celebración sería el sábado. Algunos invitados llegarían desde el miércoles para el ensayo, por eso Virginia estaba allí, era una de las damas de honor y debía traer desde la ciudad todo el ajuar de la novia y otros encargos. Lourdes no tenía villas contratadas hasta el jueves, así que cuando ella llegó, debió alojarse en la villa de Andrés.

Cuando sus miradas se cruzaron en la puerta, se dieron el susto de sus vidas. Ninguno de los dos estaba esperando encontrarse con el otro, él no sabía quiéna era la visita que iba a alojar y ella no sabía que iba a alojarse con él. Ambos querían la cabeza de Lourdes en aquel momento. Casi dos años sin verse cara a cara y encontrarse así de repente, sin tiempo para pensar un saludo adecuado. Se verían en la boda, eso estaba claro, ambos lo sabían, pero había tiempo y alcohol suficientes para preparar el momento. Ahora, frente a frente, en el recibidor de la villa diecisiete, las palabras no les salían, el tiempo se hizo infinito y una fina llovizna de verano comenzó a caer ese veintiuno de junio a las dos de la tarde. Este día de solsticio sería muy largo.

Capítulo 3

Llueve a cántaros en la carretera de camino a Samaná; pasa del mediodía y Virginia solo piensa en llegar a la villa, entregar los paquetes que le encargaron llevar a la organizadora y sentarse a escribir el informe que esperan en su oficina. Su empresa de asesoría inmobiliaria está asociada a una multinacional a la que debe rendir informes cada mes y, a pesar de que el de junio no se vence hasta el viernes veintitrés, debido a los días feriados de *La Fête nationale du Québec*, su casa matriz solamente recibirá informes hasta el miércoles veintiuno. Las horas en carretera la habrán aburrido inmensamente. Se habrá pasado las tres horas del camino desde la capital ensayando una conversación imaginaria con Andrés, en la que él responderá justo las líneas que ella habrá redactado en su cabeza para él; enfrentaban sus fantasmas del pasado y quedaban como amigos por y para siempre. Sin silencios incómodos, sin confesiones inconclusas y, sobretodo, sin ilusiones. Será inevitable verlo en la boda o inclusive antes, así que deberá estar lista.

Lourdes esperaba las decoraciones con ansias y la había llamado un par de veces para comentarle que tenía el alojamiento listo, que ya estaba esperándola en la Villa 17 para recoger todo y que ella no tuviera que moverse innecesariamente. Aparcá al lado de un jeep negro en el estacionamiento de la

casa; en la entrada, en un auto dorado, estaba recostada una chica agitada y ansiosa que esperaba hablando por teléfono con algún suplidor. Se emocionó al ver entrar a Virginia y la abordó enseguida a la vez que instruyó a un pobre chico que la acompañaba a que sacara todo del auto, pues los estaban esperando en alguna parte.

«Aquí estarás alojada, Virginia, al menos hasta el sábado, que ya debes trasladarte a la villa de la novia. ¡Gracias por venir antes, has salvado mi vida!» exclamó Lourdes, emocionada.

«¿Entonces estarás sola acá hasta el viernes? ¿Hay empleados durmiendo aquí?» preguntó Virginia mientras se adentraban en los jardines de la casa para alcanzar el timbre.

«Oh, no! No estarás completamente sola, quiero decir! No te preocupes, los empleados no duermen en la casa, pero el dueño sí, seguro que se conocen; estás invitado a la boda» dijo Lourdes entusiasta mientras tocaba la puerta.

«Ya va!» gritó Andrés desde dentro mientras abrió la puerta.

«Aquí dejó a la huésped! Gracias de nuevo por tu hospitalidad. Debo irme, así que los veo luego a ambos. ¡Ciao!» se despidió apresuradamente Lourdes alejándose hacia el auto.

Mientras tanto, Virginia, con los nervios de punta, parada frente a él, con la computadora colgada de un hombro, la maleta a su lado en el suelo y las manos llenas de vestidos cuidadosamente guardados en sus protectores, apenas y lo

salud³ con un:

â##Hola, Â;no sabÃa que esta era tu casa!

â##Yo tampoco sabÃa que eras mi huÃ©spedâ#!
Â;Necesitas ayuda? â##dijo Ã©l tomando la maleta y seÃ±alando la computadora.

Ella no contestÃ³ y se limitÃ³ a seguirlo. Se veÃa igual que antesâ#! Â;O mÃ;s guapo? Ese Ãºltimo matrimonio definitivamente le habÃa hecho bien, lÃ;stima que terminara apenas dos aÃ±os despuÃ©s. Definitivamente no le habÃa afectado, no se veÃa triste para ser alguien que reciÃ©n se habÃa divorciado cinco o seis meses antes. Â;CuÃ;ntas cosas pasaron por su cabeza mientras caminaban hacia la habitaciÃ³n! Â«Estoy muy calladaÂ», pensÃ³, y decidiÃ³ hacer un comentario sobre el clima. Ã#l parecÃa muy confundido de que ella estuviera allÃ-, asÃ que tal vez tambiÃ©n estaba nervioso, Â;o quizÃ; no? Virginia nunca habÃa sido buena para saber lo que Ã©l pensabaâ#! Si tan solo lo hubiera sidoâ#!

Afuera, la fina llovizna habÃa dado paso a un sol radiante que se reflejaba en la piscina. Toda la sala parecÃa una extensiÃ³n del jardÃn trasero, pues las inmensas paredes de cristal que separaban la casa del patio no tenÃan cortinas. La luz inundaba la casa y los verdes paisajes del jardÃn trasero integraban la naturaleza con el vanguardismo, mientras el olor a vainilla desatado en el ambiente le recordÃ³ a Virginia que necesitaba un cafÃ©.

Recorrieron juntos el pasillo. La casa tenÃa dos habitaciones

en el primer piso y dos más en el segundo. Una mezzanina con vista a la piscina alojaba una terraza adornada con jardines verticales, una romántica y diminuta pérgola de madera, hamacas gemelas y la imperdible vista de la bahía. Él la condujo a una habitación del primer piso mientras le indicaba que él estaba en la de al lado, ya que arriba estaban reparando los baños y no terminarían hasta el día siguiente. Su cuarto con amplias ventanas también olía a vainilla y volvió a pensar en el café, esta vez fue más atrevida y se lo pidió sin titubeos a su anfitrión, que inmediatamente la llevó a la cocina y aprovechó para mostrarle el resto de la casa.

Café en mano, subieron a la mezzanina, a la cual se accedía desde la sala y, tras ver las hamacas, pensó que ese era su lugar favorito en la casa, hasta que recordó que aún debía enviar aquel informe. Sus pensamientos de plácido descanso se esfumaron en un santiamén. Le agradeció el café y le dijo que debía trabajar. Bajaron las escaleras en silencio y al llegar al salón, Andrés se sentó en el sofá y tomó el control del televisor.

¿Quieres que te avise para salir a cenar? Marilú se marcha a las seis de la tarde dijo Andrés, refiriéndose a la chica encargada de la cocina.

Sí-, claro. Espero terminar este informe pronto respondió Virginia mirando su reloj, que ya marcaba las tres de la tarde.

Se marchó al cuarto, café en mano. Al entrar, buscó

su computadora y un lugar para colocarla. Divisó un escritorio blanco donde reposaban una máquina de café eléctrica que no había visto antes, además de café y té variados listos para preparar y dos tazas de fina porcelana a juego con el papel tapiz primaveral de la habitación. Definitivamente este lugar había sido decorado por y para una mujer. Terminó de beber su café, encendió la computadora, comenzó a escribir y se sirvió su primera taza de té de menta.

Capítulo 4

Una leve sonrisa se dibujó en su rostro cuando escuchó la noticia de la boda. Siempre había apreciado a Iveth y sabía cuánto había sufrido en su primer matrimonio; su amistad había durado ya muchos años. Se habían conocido en la agencia de viajes donde primero habían sido compañeros y de la que ella ahora era gerente general. Fue en esa agencia de viajes donde él había visto a Virginia por primera vez hacía poco más de diez años. La recordaba con el cabello negro y corto bordeando sus hombros, un traje sastre gris y su voz melodiosa preguntando si podía por favor decirle dónde estaba la oficina de Iveth Castillo. Ese día él se ofreció a conducirla con la amabilidad típica de un caballero educado en Quebec y la acompañó hasta que, una vez con Iveth, ella los presentó. Algo pasó ese día, pues el resto de la tarde no pudo evitar pensar en ella un par de veces, aún no sabía por qué. Ahora, tantos años después, seguía pasando lo mismo!

Esa tarde de junio, mientras veía una película de James Bond para equilibrar las cursilerías inevitables de los días por venir y tomaba una copa de cóctel sentado en la sala de la villa, el sonido de las ametralladoras fue interrumpido por el de un auto acercándose a la propiedad. La vio a través de la ventana de la sala bajar del automóvil gris platinado y empezar a descargar infinidad de vestidos, una maleta y quien sabe cuántos

ajuares más. Lourdes le avisó de su huésped anticipada unos días antes, pero se refirió a ella como «Betina», y él pensó que sería una amiga del novio. Su cabello ahora largo recorría su espalda, los pantalones cortos de mezclilla dejaban ver sus piernas bien formadas y, a pesar de que ensayó más de una forma de saludar mientras esperaba detrás de la puerta a que tocaran el timbre, no consiguió disipar su sorpresa cuando finalmente salió a su encuentro.

Trató de hablar pausadamente para no evidenciar sus nervios, pero no pudo disimular su sorpresa, que era tan genuina como su inquietud. Levantó su maleta y la llevó directamente a su habitación, pensó que quizá debía invitarle un trago y justo entonces ella le pidió un café. Su padre estaría avergonzado de él, ella había tenido que pedirle algo de beber! Tanto años ejerciendo la diplomacia en Quebec no habían servido para nada. Andrés era hijo de un funcionario del servicio exterior asignado por muchos años a Canadá y una dama de alta sociedad dominicana, había estudiado Negocios Internacionales y hablaba con fluidez el inglés y el francés. Llegó a Quebec siendo un niño, pero guardaba recuerdos agradables de las estancias de verano con su abuela materna en Santiago de los Caballeros, la segunda ciudad más importante de su país natal. Ya retirado su padre, la familia regresó al país y él hizo lo mismo al terminar sus estudios en Quebec; sus dos hermanas menores, Anne y Sophie, sin embargo, habían nacido en Canadá y habían hecho allí

su vida, solo regresaban en Ã©pocas festivas; su hermano mayor, Dante, era violinista profesional y viajaba con la filarmÃ³nica de Quebec todo el aÃ±o. Todos los hijos de aquella pareja, don David y doÃ±a Sonia, habÃ­an sido educados en el mÃ¡s fino de los protocolos, conocÃ­an cada palabra apropiada para cualquier situaciÃ³n inapropiada y definitivamente todos sabÃ­an las reglas de etiqueta para recibir una visita: Â¡Ã©l las habÃ­a quebrantado todas!

Regla n.Âº 1: No hacer esperar a la gente en la puerta si ya sabemos que estÃ¡n allÃ­. Espiar quÃ© trae puesto y con quiÃ©n viene no es correcto. (Â¡Quebrantada!)

Regla n.Âº 2: No se detenga a charlar en la puerta, hÃ¡gales pasar y cierre la puerta. (Â¡Quebrantada! Â¡Por poco tiempo, por suerte!)

Regla n.Âº 3: Preguntar si la persona desea tomar algo. (Â¡Quebrantada!)

Regla n.Âº 4: Mostrar la casa si la visita es de confianza. (Â¡Quebrantada!)

HabÃ­a reaccionado tarde, pero al menos todavÃ­a podrÃ­a mostrarle la casa y eso hizo una vez le brindÃ³ cafÃ©. Â«Â¡Estoy embriagado!Â», pensÃ³ â!Â¡cÃ³mo podrÃ­a haber olvidado cosas tan elementales? Pero apenas habÃ­a tomado el primer sorbo de su coÃ±ac cuando escuchÃ³ el auto llegar.

ComenzÃ³ a enmendar su error mostrÃ¡ndole el primer piso, siguiÃ³ con el segundo y se detuvieron en el entrepiso, su lugar favorito de la casa, aquel que doÃ±a Sonia habÃ­a diseÃ±ado

con ilusión evocando el jardín de lo que había sido su casa por casi veinte años en Quebec. Pensó dejar los jardines exteriores como última parada del tour, considerando que la piscina climatizada era un atractivo que merecía las fanfarrias finales, pero ella interrumpió bruscamente su elaborado mapa mental cuando prefirió irse a su cuarto. Mientras bajaban las escaleras pensó en fingir indiferencia, pero una vez en la sala le comentó algo sobre salir a cenar, ella asintió y así quedaron en verse más tarde.

Pulsó el botón de reanudar en su película de James Bond y unos minutos después pensó en la época en la que también había tenido que hacer informes, se apiadó de ella y la perdonó de inmediato.

Su primer trabajo en la capital dominicana fue en aquella agencia de viajes, como encargado de los programas educativos internacionales. Pronto se hizo popular entre las chicas por su incomparable gentileza y caballerosidad, tan distinta a la actitud de los demás jóvenes. Su inteligencia era evidente y sus temas de conversación, infinitos, pero sin duda su mejor atributo era su amabilidad. Al hacer los informes, no solo de su gestión, sino que ayudaba con los suyos a los compañeros que no manejaban otros idiomas con fluidez.

Ahora corregía informes. Era profesor titular en el Instituto de Formación Diplomática y Consular. También tenía una empresa que daba servicios de traducción de documentos y de eventos. Su porte juvenil, a pesar de acercarse peligrosamente a

los cuarenta, se debía a las muchas horas que pasaba nadando y jugando tenis, sus actividades deportivas preferidas. También jugaba ajedrez y disfrutaba del vino tinto si era en buena compa a. Esa tarde, mientras llegaba la hora de cenar, record  una que otra aventura que involucraba una botella de vino y a Virginia. Se acerc  un par de veces a la habitación hasta que finalmente tocó. Pasaban de las siete.

Se sentó en la sala a esperar con visible ansiedad, hasta que unos minutos más tarde vio las flores lilas y azules de su vestido asomarse al pasillo. Salieron en el carrito de golf hablando sobre el clima y entonces ella pregunt  qué le parec a el novio de Iveth. Evidentemente ella no sabía que él los había presentado, así que sin abundar en detalles le dijo que lo conocía y era un buen muchacho.

La Marina estaba a cinco minutos de la villa, así que no tuvieron mucho tiempo para conversar. El recuperó algo de su cortesía característica y la ayudó a salir del carrito, pues su largo vestido se quedó atrapado en el asiento. En ese momento sus rostros estuvieron tan cerca que era difícil distinguir de lejos que no eran pareja. Caminaron juntos hacia el restaurante y la luna en cuarto menguante miraba desde lejos con curiosidad cómo una pareja y tres sombras dibujaban el suelo aquella noche de solsticio.

Capítulo 5

La algarabía de los comensales de la mesa situada al final de la terraza era insostenible. «Hoy día todos los jóvenes son escandalosos y fuman incesantemente», pensó ella; no le dijo nada a su acompañante para no parecer antipática, pero la verdad es que estaban haciendo mucho ruido y con el paso de los minutos se integraban más chicos a la mesa bulliciosa. La vista, sin embargo, era preciosa; los lujosos yates delineaban el puerto en todo su esplendor, algunos con las luces encendidas reflejando en el agua sus mástiles majestuosos. En alguno de ellos celebraban fiestas y en algún otro la desolada cubierta aguardaba ansiosa a que llegaran invitados.

Andrés interrumpió sus pensamientos cuando le preguntó si quería tomar algo.

«Una copa de vino! Por los viejos tiempos!» exclamó con energía, a pesar de que segundos después ya se estaba arrepintiendo de su atrevimiento.

«Los viejos tiempos! Y tú piensas alguna vez en esos viejos tiempos?» le preguntó con su característico tono jocoso, pero evidentemente avergonzado de una respuesta.

«Me parece que han pasado mil años desde que abandonamos el tren de la juventud. Es inevitable recordar con nostalgia esas noches en la avenida hablando tonterías. He intentado recordar de qué hablébamos, pero no consigo

hacerlo!, ¿tú lo recuerdas? Inquirió Virginia, mientras colocaba ambas manos en su barbilla y se inclinaba hacia Andrés con la curiosidad de una niña.

¿Puedo traerles algo de beber? interrumpió el mesero enérgicamente mientras les observaba expectante.

Una botella de vino tinto, reserva. Y, por favor, traiga la bandeja de quesos como entrada dijo Andrés al mesero y luego agregó mirando fijamente a Virginia ¿Como en los viejos tiempos!

Ella se sonrojó y sus pensamientos viajaron nuevamente en el tiempo a una de esas noches juveniles, donde, bajo la luz de una luna llena habían caminado juntos en la Zona Colonial con un grupo de amigos, quizá siete en total. Uno de ellos, atrevido como ninguno, pasó una mano sobre su hombro y le preguntó en secreto: «¿Cuándo saldrás finalmente con Andrés?»

La tomó por sorpresa; no era algo que ella hubiera pensado responderle a él y solo le dijo: «¿Cómo puedo responderte a ti lo que no me han preguntado ni siquiera a mamá? ¿Qué te hace pensar que Andrés quiere salir conmigo?» Su amigo sonrió y dijo para sí-, aunque ella pudo perfectamente: «no sé cuál de los dos estás más despistado» y siguió caminando con el grupo. Eso la dejó pensando el resto de la noche y no volvió a mirar a Andrés con los mismos ojos. Habían salido muchas veces juntos, pero la multitud que siempre los acompañaba era la protagonista

principal de todos sus encuentros, y no ellos. Sin embargo, esa noche comenzó a pensar seriamente si el comentario de Osvaldo había tenido algo de sentido. Esa noche las cosas comenzaron a cambiar, y por primera vez en los meses que llevaban conociéndose, pensó en Andrés con la curiosidad de quien investiga un misterio digno de Agatha Christie.

La bandeja de quesos llegó antes que el vino y el *maître* abordó la mesa apresuradamente pidiendo disculpas en nombre del camarero y se llevó al pobre chico que, con rostro de confusión indescriptible, sostenía tembloroso la bandeja, mientras intentaba pedir disculpas también, aunque no sabía exactamente el motivo. Virginia no contuvo la risa y Andrés la contempló divertido, a la vez que recibía nuevamente al *maître* que estaba de regreso con el vino, que descorchó ceremoniosamente. Hicieron el primer brindis y unos minutos después el mundo a su alrededor parecía haber desaparecido. Ya no se escuchaba el bullicio de los jovencitos de la mesa del fondo. La bandeja de quesos de repente ya estaba en la mesa y ninguno notando cuando la habían traído, la botella de vino llegaba a sus últimos instantes de vida y ni siquiera habían recordado ordenar la cena, estaban ensimismados el uno en el otro, hablando tan bajo que apenas entre ellos podían escucharse. En algún momento pidieron otra botella de vino y una bandeja de antipastos, siguieron hablando, riendo y brindando hasta que el camarero despistado interrumpió con la voz agónica de aquel que espera un regalo para avisarles

que la cocina iba a cerrar y que si iban a ordenar algo de cenar debían ser en aquel momento. Virginia se extrañó por el comentario y levantó la vista para notar que la suya era la única mesa ocupada del restaurante y que casi todas las luces estaban apagadas. Por alguna razón habían pasado más de tres horas y no habían ordenado ni siquiera la cena. No tenían hambre y coincidieron en pedir la cuenta, mirándose con complicidad y a punto de estallar en risas, salieron minutos después del restaurante a punto de alcanzar la medianoche.

«Sonia está aquí en el puerto, ¿la quieres ver?» dijo Andrés con tono galante mientras caminaban por La Marina en dirección al carrito de golf.

«¿Sonia? ¿Y por qué quieres verla?» dijo Virginia en tono sarcástico, intentando disimular un repentino ataque de celos.

«¿No te gustan los yates?» dijo él sonriendo y percibiendo, feliz, que había logrado molestarla.

«A veces puedes ser tan...! Argghhh!» le dijo ella, molesta cuando entendió que se refería al yate de sus padres, que se llamaba igual que su mamá: Sonia.

«¿Ja, ja! ¿Estabas celosa?» le dijo mientras la tomaba del brazo y la conducía de vuelta a La Marina, de camino al bote.

La noche de solsticio definitivamente sería larga. La luna susurraba en el cielo un poema de amor, la música de un grupo de jazz emergía entusiasta desde uno de los yates vecinos y

Andrés y Virginia caminaron juntos como tantas veces, pero solos por primera vez.

Capítulo 6

Aquel sueño la había despertado otra vez. Sudorosa y respirando afanosamente se puso de pie y quiso correr a la cocina pero recordó que no era su casa. «Hay agua en la jarra del escritorio», pensó, y fue a buscarla, tomó un sorbo y recuperó el aliento. Eran las tres de la madrugada.

Recapituló la noche poco a poco y pensó que apenas haría media hora de su regreso de La Marina con Andrés. Se separaron en la puerta de su cuarto, no porque ella quisiera, pensó en ese instante, sino porque probablemente ninguno de los dos se atrevió a proponer un arreglo distinto para dormir. La habían pasado fenomenal en el yate, donde encontraron una botella de vino más y siguieron hablando de los viejos tiempos hasta que la música de jazz de la fiesta vecina se apagó y pensaron que era hora de volver. La corta distancia de La Marina a la casa hizo más fácil conducir el carrito, pero a la hora de encontrar la llave para abrir la puerta, las risas no se hicieron esperar y ambos parecían chiquillos traviosos burlándose de la situación. Virginia recordó que alguno de los dos sugirió ir a la piscina, quizás! ¡Traía puesto el traje de baño y no la pijama! Y entonces recordó que por eso se habían separado en la puerta, porque se reunirían en unos minutos en el jacuzzi. ¿Cuánto tiempo había pasado? Solo sabía que había tenido aquel sueño, por tanto, se había quedado

dormida al menos unos minutos. Tomó otro sorbo de agua y a un aturrida por el vino decidió lanzar una mirada al patio para saber si el estaba allí esperándola. El traje de baño negro y de una sola pieza cruzaba en tirantes su espalda y dejaba al descubierto un escote discreto, pero escote al fin. Tomó un chal del mismo color que descansaba en la silla del escritorio, se envolvió en él y atravesó el pasillo. Lo vio saliendo de la cocina con un gran vaso de agua en la mano, su bañador azul y una toalla blanca colgada al cuello, estaba mojado, por ende había estado en el agua. Él la miró con cara de sorpresa y le dijo:

«Ya iba de vuelta a la habitación, ¿piensas que te habías arrepentido de ir a la piscina!»

«Pues la verdad es que me quedé dormida unos minutos, pero sí que me hace falta entrar al jacuzzi y con agua muy caliente, así que vamos» dijo Virginia pensando en olvidar la desagradable sensación que le dejaba tener aquel sueño, justo cuando todo parecía haber sido olvidado.

«¿MÁS vino?» preguntó Andrés riendo a sabiendas de que ya habían tomado demasiado.

«No es de princesas tomar de más» le respondió Virginia guiándole un ojo y quitándole el vaso de agua para beberse ella.

Andrés se dio vuelta entornando los ojos mientras pensaba en lo mucho que le gustaba la idea de quedarse con ella en la casa. «¿Qué importa!», pensó él. «Quizá le gustará

quedarse con ella para siempre!

Virginia se deshizo del chal y entr  al jacuzzi que burbujeaba incesante. El olor a lavanda impregnaba el ambiente y el agua tibia acariciaba con ternura su cuerpo. Se sumergió por unos agradables segundos que quiso hacer eternos y, cuando salió a la superficie, Andrés ya estaba entrando al agua. No pudo evitar el sobresalto y el grito ahogado que llegó con  , provocando las burlas de Andrés por su «valentía».

  No esperaba verte de repente.  ;Me asustaste!  ;T  también hubieras gritado!   dijo ella en tono defensivo. Y agregó, cambiando drásticamente el tema    ;Por qué el agua huele a lavanda?

  Mi mam  insiste en poner sales aromáticas cuando viene a meditar. Han de haberse quedado por all    minti  Andrés; era á quien las usaba para meditar.

  Pues el gusto de tu mamá es impecable.  ;Amo la lavanda!   dijo ella, mientras se sumergía otra vez.

Andrés se sumergió también y tom  un largo y profundo respiro mientras se decía a sí mismo que había llegado el momento que por tantos años ambos hab an procrastinado.

Virginia lo sintió moverse a sus espaldas y rodear con sus manos su cintura, no sabía si quedarse sumergida o salir, en pocos segundos ya no tendría que decidirlo y, aunque no estaba segura de si ella había emergido o si   la había sacado, lo cierto es que ahora la mitad de sus cuerpos estaba debajo del

agua y la otra mitad estaba fuera. Ella esperÃ³ impaciente y callada, pues estaba de espaldas. #1, sin soltar su cintura, la girÃ³ muy despacio en el agua hasta que finalmente quedaron frente a frente. Las burbujas reventaban estrepitosamente por todas partes y bajo la luna del solsticio, AndrÃ©s se inclinÃ³ hacia Virginia y la besÃ³ en los labios, primero con ternura y luego con la pasiÃ³n de un amor colegial. Virginia pensÃ³ que seguÃ­a sumergida por completo en el agua. SentÃ­a cÃ³mo sus cuerpos se acercaban hasta querer ocupar el mismo espacio, y sus manos, controladas por una fuerza superior a ella, subieron hasta alcanzar el rostro de AndrÃ©s. Sus cuerpos se enlazaban como imanes el uno al otro dentro y fuera del agua y, por un breve instante, fueron un solo cuerpo. Mientras tanto, la luna en cuarto menguante sonreÃ­a satisfecha.

Capítulo 7

Diez años atrás, el ambiente festivo de diciembre inundaba el ambiente tal y como ahora con prematura anticipación. Las luces y guirnaldas navideñas comenzaban a adornar las principales avenidas, a pesar de que el mes de octubre no había terminado. Como cada viernes, Andrés pasó a recoger a Virginia a su casa y enseguida se dirigieron a encontrarse con Marcelo, un amigo y excompañero de estudios de Andrés, que lo había ayudado a conseguir su antiguo puesto en la agencia de viajes y había sido su apoyo en esos meses en los que recién abrió su empresa de traducciones. Se conocían desde hacía muchos años y habían compartido en múltiples ocasiones, sobre todo cuando acababa de llegar de Canadá.

Marcelo, extrovertido y brillante como pocos, ya era buen amigo de Virginia, pues la conocía gracias a Iveth, con quien trabajaba en la agencia. Pero no fue sino hasta que Andrés se integró al grupo que pensó en lo genial que era la compañía de Virginia para tomar vino tinto los viernes en los parques de las grandes avenidas.

Esa noche Andrés bromeó con ella al recogerla pasadas las siete y hablaron de un viaje que pronto haría todo el grupo a la playa. El teléfono de Virginia timbraba con desesperación mientras hablaban y, a pesar de que ella lo miraba e ignoraba la llamada, Andrés insistió para que lo

levantara, pues alcanzaba a ver el nombre del interlocutor y morÃa de curiosidad. La situaciÃ³n se prolongÃ³ toda la noche, pues su exnovio, realmente enamorado, se negaba a dejarla ir y ella finalmente apagÃ³ en algÃºn momento el celular. Llegaron a encontrarse en el parque de siempre, y, como siempre, AndrÃ©s sacÃ³ del baÃ³n la botella de vino, las copas y el descorchador. En aquella Ã©poca, Virginia trabajaba en el departamento de ventas de una constructora turÃstica, habÃa dejado a su novio de dos aÃ±os porque ya no querÃa casarse con Ã©l, y exploraba la desconocida y emocionante sensaciÃ³n de sentarse a tomar vino con dos hombres que no eran nada mÃs que sus amigos.

La primera vez que Marcelo la llamÃ³ para una de estas aventuras, era ya tarde en la noche y cuando vio su nÃºmero en el identificador de su celular, vestÃa su pijama. Se acostumbraba a sus primeras semanas sin novio y las llamadas nocturnas que recibÃa solÃan ser del pobre desdichado pidiendo que lo pensara mejor, asÃ que cuando vio que no era Ã©l, tomÃ³ la llamada enseguida. Un escandaloso â##y evidentemente tomadoâ## Marcelo se escuchaba del otro lado en medio de la mÃsica diciendo: Â«Â¡Te vamos a pasar a buscar, AndrÃ©s quiere salir contigo!Â». Su corazÃ³n latÃ³ violentamente, y no alcanzaba a entender con claridad el mensaje, no sabÃa quÃ© significaba aquello y le respondiÃ³ que ya era tarde y que estaba en pijama.

Ese fin de semana, aquella llamada fue el plato fuerte de conversaciÃ³n con Iveth y Gabriela, sus mejores amigas. QuizÃ; Osvaldo tenÃa razÃ³n despuÃ©s de todo y AndrÃ©s

sÃ querÃa salir con ella, quizÃ; era Marcelo quien realmente querÃa salir con ella, Â;todo tenÃa tantas aristas en su cabeza! Tuvo que esperar al viernes siguiente, esta vez comieron juntos, como solÃan hacer a veces en una plaza cercana al trabajo de ambos, y Marcelo le dijo que saldrÃan a las sieteâ#! Ella dijo que sÃ-

Y a partir de aquel viernes esas salidas se hicieron una costumbre solo interrumpida por causas mayores o por salidas en grupos mÃs grandes. La pasaban muy bien los tres hablando, riendo y, al llegar la medianoche, saliendo a buscar algo de comer. Ya lo habÃan hecho un par de veces y con el tiempo empezaron a integrarse al grupo otros amigos de Virginia, asÃ que la noche de Navidad, AndrÃ©s y Marcelo estuvieron bailando hasta el amanecer con ella y sus amigos, en una noche que, aunque memorable, no todos podÃan recordar con claridad. Era un grupo realmente divertido y la pasaban bienâ#! el coqueteo era infinito entre ellos dos, pero nunca â##que ellos recordaranâ## habÃa pasado de puro coqueteo.

Y aquella noche, mientras tomaban su botella de vino, ella descubriÃ algo en su mirada que no podÃa descifrar. QuerÃa arrancar las palabras de su boca, pero no podÃa. MorÃa por entrar en su cabeza, pero le preocupaba delatarseâ#! Una doncella no puede permitirse revelar sus sentimientos jamÃs. Y cuando AndrÃ©s la llevaba de regreso a casa con el respeto y formalidad que lo caracterizaban, Virginia tuvo que luchar contra viento y marea para no preguntarle quÃ© sentÃa por ella; quizÃ; de

haberlo hecho, las burbujas de lavanda hubieran reventado diez años antes.

Todos esos recuerdos pasaban por su cabeza cuando el agua tibia del jacuzzi comenzó repentinamente a tornarse fría como hielo, las burbujas de lavanda dejaron de reventar y las luces que iluminaban el fondo de la piscina de un tono azul brillante se apagaron. El resto de la casa seguía iluminado, pero todo el patio permanecía a oscuras. Ocurrió de pronto y no tuvieron más alternativa que salir del agua, pues la temperatura bajó tan de prisa que parecía que todo iba a congelarse. Andrés pensó que algo se había descompuesto y quiso ver los interruptores, pero Virginia le advirtió que dejara a los expertos electricistas que vinieran en la mañana a revisar y sugirió entrar a la casa.

Las nubes comenzaron a ocultar la luna que minutos antes les sonreía y se desató una tormenta eléctrica que transformó el romántico escenario anterior. Se acurrucaron envueltos en las toallas en el sofá de la sala para calentarse y ninguno se animó a iniciar la conversación, así que se quedaron simplemente allí, recostados uno en el otro hasta que finalmente Andrés habló, pero ella ya estaba dormida. Así que se recostó otra vez y allí les encontró la mañana.

Capítulo 8

El avión aterrizó unos minutos antes de lo pautado en el aeropuerto de Santo Domingo. La escala en Nueva York había sido más larga de lo planeado porque se averiaron los sistemas de transporte automático del equipaje y estaban subiéndolos manualmente. La estancia en Quebec había sido corta pero agradable, sus sobrinas habían resultado ser tan adorables como en las fotografías que enviaba a la familia su hermana Sophie. La novedad de las gemelas recién nacidas había movilizó a toda la familia a Canadá por unas semanas, interrumpiendo los planes de Andrés para el mes más festivo del año. Partieron a principio de diciembre a Quebec para conocer las niñas y compartir juntos la Navidad y el fin de año, sin embargo a mediados de mes, con la excusa del cierre contable de su recién formada empresa de traducción, Andrés anunció que regresaría al país antes de las fiestas.

Ante las protestas de su madre, la conformidad de su padre y la indiferencia de sus hermanas, tomó el avión de regreso y en todo el viaje solo pudo pensar en ella y en el momento en que se encontrarían otra vez, en sus noches de vino tinto y ruido ciudadano. Quizá ahora lograría que no estuviera Marcelo, o el resto de personas que solían aparecer de la nada justo cuando hubiera querido hablar a solas con ella. Pensó que tal vez no había hecho lo suficiente para que ella notara su interés más

allÃ¡; de la amistad, pero eso definitivamente iba a cambiar. Ya estaba soltera. Aunque su telÃ©fono no dejaba de sonar y ella contestaba; no siempre, pero a veces contestaba. QuizÃ¡ aÃ±erÃ¡a volver con aquel novio impertinente. Durante las siete largas horas de vuelo pensÃ³ en muchas cosas, ninguna tenÃ­a que ver con la contabilidad de su compaÃ±Ã­a.

El capitÃ¡n hizo el anuncio de bienvenida a la ciudad, seguido del aviso de que los mantendrÃ­a en pista unos minutos esperando una puerta disponible, ya que se habÃ­an adelantado. La noche se deslizaba sigilosa por la ventana y pensÃ³ aprovechar que no era tarde para llamarla; no habÃ­an hablado ni siquiera por correo electrÃ³nico durante los diez dÃ­as que habÃ­a estado en Quebec, asÃ­ que el sonido de su voz serÃ­a mÃ¡sica para sus oÃ­dos. Y es que, en la soledad de la nieve que arropaba el paisaje, visto desde el jardÃ­n delantero en casa de su hermana, comprendiÃ³ que la extraÃ±aba demasiado y, aunque volver significaba pasar por primera vez la Navidad lejos de sus padres, cuando llegÃ³ el viernes y su madre le pidiÃ³ descorchar el vino, decidiÃ³ que descorcharÃ­a la prÃ³xima botella con Virginia.

El celular repicaba incesante con la canciÃ³n de apertura de *El Fantasma de la Ã#pera*. Pasaban unos minutos de las nueve de la noche de aquel domingo de diciembre y Virginia preparaba su ropa para ir a trabajar al dÃ­a siguiente. SintÃ³ la mÃ¡sica de su obra de teatro preferida inundar apasionadamente la habitaciÃ³n y mirÃ³ la pantalla. Sorprendida de ver el nombre de AndrÃ©s Nova en su identificador, pulsÃ³ con creciente curiosidad el

botÃ³n para contestar:

â Â¿SÃ¡?

â Â¿SÃ¡?, Â¿es la forma de contestar en estos dÃ­as?

â Â¿Llegaste? âpreguntÃ³ una desconcertada Virginia.

âCasi! AÃºn no bajo del aviÃ³n, pero sÃ¡... âdijo

AndrÃ©s mientras escuchaba el intercambio de las azafatas indicando que habÃ­an aparcado el aviÃ³n y podÃ­an salir.

Como su asiento estaba en primera clase lo invitaron a salir recordÃ¡ndole que debÃ­a abstenerse de usar el celular en el Ã¡rea de migraciÃ³n. Se puso de pie para tomar su equipaje del maletero superior, mientras intentaba sostener el celular con su hombro para no interrumpir su conversaciÃ³n.

â Â¿De verdad estÃ¡s todavÃ­a en el aviÃ³n?

âcontinuaba con incredulidad Virginia, que escuchaba las bocinas dando los avisos mientras hablaban.

â Â¿Por quÃ© te sorprende?âle dijo Ãl, sin saber aÃºn el origen de tan repentina valentÃ­a.

Ya caminaba hacia fuera y empezaron a aparecer las seÃ­ales de prohibiciÃ³n y no tuvo mÃ¡s remedio que decirle que volverÃ­a a llamarla desde el automÃ³vil.

TranscurriÃ³ una hora completa desde la primera llamada hasta la segunda. Durante esos sesenta minutos de confusiÃ³n, Virginia marcÃ³ a su amiga Iveth, que a su vez puso en la lÃ­nea a Gabriela y empezaron a elaborar teorÃ­as del significado de lo que habÃ­a pasado. La primera vez que hablaron de eso, cuando la llamÃ³ Marcelo, quedaron mil dudas por aclarar, esa noche

habían quedado despejadas. Definitivamente Andrés estaba locamente enamorado de Virginia, no había dudas. Llamarla apenas había aterrizado su avión era la forma más sutil y a la vez exagerada de demostrarlo; decirlo hubiera sido más fácil, pensó Gabriela, ya que, en su opinión, ese gesto hacía que pareciera desesperado.

Por varios minutos solo hablaban Iveth y Gabriela, mientras ella esperaba a que sonara *El Fantasma de la Opera* nuevamente. Cuando eso finalmente pasó, le tomó menos de cinco segundos decirles a las chicas que las llamaría después.

«¡Disculpa! Ni siquiera vi bien la hora, apenas acabo de salir y me espera Marcelo. ¡No debí llamarte tan tarde!

«¡No!, ¡estás bien! Es decir, estaba despierta!»
«¿Y cómo te fue? ¡Pensaba que regresarías después de un nuevo!

«Sí-, pero tenía que resolver algunos asuntos de la empresa. Alcanzo a ver a Marcelo, ¿crees que podremos almorzar juntos mañana?

«Sí-, claro!»
«Me alegra que hayas regresado.»
«A salvo, quiero decir, ¡qué descanses! Mañana me avisas para coordinar.»
«dijo Virginia, algo decepcionada de tener que colgar.

Se despidieron. Un impaciente Marcelo esperaba a su amigo para entender los detalles del anticipado regreso y ahora también quería saber con quién venía conversando en el celular si apenas acababa de llegar.

â##Le avisaba a mi mamÃ; que ya estoy aquÃ â##mintiÃ³,
ante la insistencia de Marcelo.

El cielo comenzÃ³ a nublarse y ocultÃ³ la tenue luz de la luna
en cuarto menguante. LlovÃa en la ciudadâ#;

Capítulo 9

El aviso de tormenta se extendió ese lunes a toda la isla y lo que empezó como una leve llovizna aquel domingo de diciembre del año dos mil siete se convirtió en la Tormenta Olga. El fenómeno atmosférico dejó catorce muertos en la República Dominicana, más de treinta mil personas damnificadas y daños en miles de casas. Además de múltiples poblados incomunicados, los estragos de las lluvias que iniciaron el lunes y se prolongaron por setenta y dos horas, impidieron también el encuentro esperado por Virginia y Andrés.

La ciudad se tornó intransitable durante varios días y cuando finalmente se restablecieron las comunicaciones, las prioridades de todos habían cambiado y el trabajo acumulado durante los días no laborables impidió que ese viernes retomaran la rutina.

Cora Gibson, la asistente personal de Andrés, tomaba las llamadas de Virginia a la oficina, algunas veces anotaba sus mensajes y otros simplemente olvidaba entregarlos. La chica era una rara excepción en el mundo de las rubias; hablaba cinco idiomas con apenas veintitrés años, así que, además de anotar algunos mensajes, recibía los pedidos de clientes y se encargaba de las traducciones más sencillas. Era hija de una pareja canadiense, buenos y viejos amigos de sus padres. Pasaron

juntos muchas navidades en su niñez, y a pesar de que era apenas cinco años menor que él, la seguía viendo como la niña de ojos azules y larga cabellera rubia que siempre jugaba con sus hermanas. Cuando ella llegó a pedirle trabajo recién graduada de una licenciatura en Lenguas Extranjeras, le pareció extraño que, siendo su padre el gerente general de una multinacional canadiense, acudiera a su microempresa de traducción. Era un gran recurso, así que no dudó en darle el puesto, no sin antes aclararle que la paga era modesta. Sabía de su inteligencia por los elogios que su madre no cesaba de expresar cuando quería reprocharles algo a sus hermanas y más de una vez doña Sonia había insinuado que Dante debía salir con ella, pues como era políglota podría acompañarlo en sus giras con la filarmónica sin sentirse fuera de lugar. Dante solo contestaba a estos comentarios que: «Ya suficiente hablan las mujeres que conocen una sola lengua! De solo pensar cuánto hablar a una que puede hacerlo en cinco lenguas, ya estoy agotado!».

Bromeaba, por supuesto. Cora era bailarina clásica de la academia de artes de Quebec antes de que la empresa donde trabajaba su padre lo escogiera para abrir sus oficinas en Santo Domingo y se mudaran. Se veían con alguna frecuencia y en más de una ocasión quiso invitarla a salir; en una época, durante las clases de verano, salía de clases al atardecer y esperaba unos minutos en un banco al pie de las escaleras a que saliera ella. Cora vestía siempre el uniforme de leotardo

negro y mallas rosa, parcialmente ocultas por un tutú de igual color, atado a su minúscula cintura. Solía desatar su copiosa cabellera justo antes de bajar las escaleras, y la dorada melena recorría la espalda, apenas cubierta, hasta alcanzar el lazo de su tutú. Ella sabía que aquel ritual atraía las miradas de más de un estudiante, y sabía también que uno de ellos era Dante. El problema era que lo conocía por sus romances veraniegos, primaverales y en fin; Ninguno duraba más de una estación.

La idea de tener que verlo en Navidad, cuando era seguro que para otoño ya tendría otra novia, desechaba cualquier esbozo de debilidad ante sus propuestas seductoras. Así que por mucho que Dante insinuara sus intenciones, ella siempre le dejó claro que no estaba interesada en lo absoluto. No había sido sencillo, porque definitivamente él era un gran partido. Su cuerpo bien formado, producto de años practicando la natación y su abundante cabello negro llevado a los hombros eran solo unos pocos de sus atractivos. Era el mejor violinista de la academia; sus solos eran apasionados y brillantes y los rumores de que la filarmónica pronto lo contrataría para sus giras internacionales habían elevado su popularidad al cielo. Pero Cora, pese a su juventud, era determinada en sus decisiones y no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

Así que los comentarios de doña Sonia no eran totalmente desacertados; sin embargo, con tanta atención, Dante no perdería la cabeza por tener una damisela menos en su creciente colección y, con el tiempo, la descartó como pareja y siguieron

siendo amigos. Cora, por otro lado, pas³ la mitad de su adolescencia lanzando indirectas al «hermano bueno», como sol³ llamar a Andr³s cuando hablaba de ³l con sus amigas de la academia. Pero se ve³an solamente en ocasiones especiales, pues Andr³s no contaba las artes como una de sus pasiones y las horas libres las pasaba en la cancha de tenis o en la piscina. La pobre chica hac³a visitas improvisadas a la casa Nova con la excusa de practicar el *arabesque* de la pr³xima funci³n con Anne y Sophie, ambas compa³±eras de clase; sin embargo, pasaba m³is tiempo interrog³ndolas sobre la ³ltima conquista amorosa de Andr³s, que casi nunca estaba en casa.

Andr³s nunca not³, en los a³±os previos a que trabajaran juntos, el creciente inter³s rom³ntico de Cora por ³l. Pero, en fin, ³l hab³a demostrado que no ten³a buena intuici³n en el amor. Es por eso que cuando finalmente ella lo invit³ a salir sin pre³mbulo alguno el viernes posterior a la tormenta, la sorpresa se dibuj³ en su rostro y se pregunt³ en qu³ momento se habr³a convertido esta chiquilla en una adulta.

Desconcertado, us³ la vieja excusa de un compromiso previo para desanimarla y, luego de convencerla de forma cari³±osa de bajar de su escritorio, continu³ trabajando en su computadora mientras ella se alejaba a su puesto con una sonrisa en los labios y la convicci³n de que en poco tiempo lo tendr³a a sus pies. La sorpresa de la repentina invitaci³n dej³ a Andr³s pensando

en otros temas y por unos minutos dej³ de preguntarse el porqu[©] de su silencio.

El fin de semana, Marcelo sugiri³ ver una pel^Ácula de terror en su casa para levantar los ^Ánimos tras la tormenta. Todo el grupo hizo acto de presencia y má^s de diez amigos estaban reunidos para ver la cuarta entrega de *El Juego del Miedo*, estrenada hac^Áa un par de semanas en el cine y disponible en copias clandestinas gracias al amigo de un amigo de Marcelo.

Iveth y su prometido llegaron temprano, Gabriela y Osvaldo que ya llevaban un par de meses saliendo juntos se unieron poco despu^Ás. A la primera oportunidad, Iveth se acerc³ a Andr[©]s que, sentado en el sof^Á con una copa de vino, conversaba con Marcelo sobre lo ocurrido con Cora.

â## Â¿Interrumpo? â##pregunt³ ella, sent^Ándose al lado de su amigo y antes compa[±]ero de trabajo.

â## Â¿Nunca! â##dijo Marcelo, poni[©]ndose de pie para abrir la puerta, que sonaba a pocos pasos de ellos.

â## Â¿Y t^º? Â¿Has hablado con Virginia? Â¿Sabes a qu^Á hora viene? â##inquiri³ Andr[©]s, con un tono de fingida indiferencia al dirigirse a Iveth.

â##Su tel[©]fono celular se descompuso con la tormenta y anoche, que habl[©] con ella, a^ºn no lo hab^Án reparado. Â¿De verdad no han conversado ustedes dos? â##pregunt³ Iveth, mientras observaba su reacci³n atentamente, pero [©]l no estaba poniendo atenci³n.

Su mirada se dirig^Áa a la puerta, por donde hac^Áa su entrada

Virginia, en un inolvidable vestido rojo, corto y de falda ancha, que dejaba al descubierto sus piernas lindas y bien formadas. Su cabello corto se agitaba con soltura mientras giraba la cabeza de un lado a otro saludando con un beso a todos y dejando discretas marcas de su labial rojo rubÃ en mÃ;s de una mejilla. Cuando finalmente llegÃ³ al sofÃ; tuvo que sostener su falda para agacharse a saludar a Iveth y luego a AndrÃ©s, que se apurÃ³ en ponerse de pie, como le habÃan enseÃ±ado sus padres que se hace cuando una dama entra al salÃ³n.

Se encontraron a medio camino y sus rostros quedaron muy cercaâ€ demasiado cerca. La pelÃcula ya iba a comenzar.

Capítulo 10

Las gotas de sudor comenzaron a empapar su frente y minutos después la escuché gritar ahogadamente: «¡Suéltame!». La tenía ligeramente abrazada y pensé que se dirigía a él. Levanté su brazo y noté que seguía dormida; evidentemente estaba teniendo una pesadilla. Segundos después desperté por completo, visiblemente angustiada y ajena todavía al lugar donde se encontraba: los brazos de Andrés.

Un impetuoso sol se colaba por las cortinas y con él una brisa ligera que las agitaba esporádicamente; no cerraron las puertas de cristal que daban acceso al patio trasero. Ambos se incorporaron sin saber exactamente qué decir.

«Hace calor hoy. Buenos días!» dijo ella, interrumpiendo el silencio.

«¡Buenos días! Haré café.» respondí, poniéndome de pie, no sin antes besar su cabeza, preguntándose qué habría estado soñando minutos antes.

Virginia aprovechó para correr a su cuarto. Vestía la misma toalla y el traje de baño de la noche anterior, así que se dio una ducha. El agua fría recorrió su espalda y la espuma de baño con aroma a lavanda trajo de vuelta las imágenes de la noche anterior. Salí de la ducha y me envolví en una elegante bata de baño blanca que colgaba de la puerta. «¿Qué habrá

a pasado con el jacuzzi? Se preguntÃ³ mientras cepillaba sus dientes. Secaba su cabello cuando lo escuchÃ³ tocar anunciando que el cafÃ© estaba listo.

âÂ¡Puedes pasar!â dijo, mientras salÃ­a del cuarto de baÃ±o. MirÃ³ el reloj en el escritorio, apenas y marcaban las ocho de la maÃ±ana, si acaso habrÃ­an dormido unas tres o cuatro horas.

âÂ¡CafÃ©!â exclamÃ³ AndrÃ©s extendiÃ©ndole una de las dos tazas azules que traÃ­a en la mano.

âGracias, me hace falta. Â¿No dormimos mucho, verdad?â dijo Virginia con una sonrisa involuntaria dibujada en los labios.

âPues yo considero que tÃº dormiste bastante. Â¿Tienes planes hoy?â preguntÃ³ AndrÃ©s, bajando por unos instantes la mirada.

âPues, dÃ©jame verâ! Primero que nada, tengo que recordarte que llames al electricista. Â¿Y luegoâ! desayunar! Â¿Muero de hambre!â respondiÃ³ Virginia tomando un sorbo de cafÃ©.

Los separaban solo un par de pasos y AndrÃ©s los redujo cuando rodeÃ³ su cintura con su mano libre, la atrajo hacia su pecho y besÃ³ sus labios con ternura por apenas unos segundos.

âHueles a lavandaâ! âle dijo Â©l mientras acariciaba su espalda.

âHueles a cafÃ©â! âle respondiÃ³ ella mientras lo empujaba fuera de la habitaciÃ³n para cambiarse.

Quedaron en verse unos minutos después para desayunar juntos. Virginia no podía creer lo que estaba ocurriendo en aquel momento, no es que en realidad hubiera pasado algo extraordinario, apenas se habían besado, pero lo que sentía cada vez que él la tocaba era algo que hacía muchos años no experimentaba. Su corazón latía como el de una quinceañera entusiasmada con su primer amor y parecía insensato hasta para ella, una empedernida romántica que guardaba un ejemplar en capa dura de *Orgullo y Prejuicio* en su mesita de noche.

Aprovechó para escribir un mensaje a su hija Noelia, que pasaba las vacaciones en Sídney, Australia, con su padre y abuelos paternos. Estar lejos de ella por todo un mes al principio le resultó una agonía, pero era consciente de que no tenía derecho a anteponer sus intereses a los de su hija y Dios sabía que su exmarido ya sufría bastante con no poder estar con la niña todo el tiempo.

Su matrimonio duró casi cuatro años, Noelia tenía dos cuando Virginia decidió poner fin a la relación, ahora la niña tenía cuatro. Nunca quiso irse a vivir a Sídney con el padre de su hija; no era parte del trato. Tal vez nunca lo amó lo suficiente como para dejarlo todo por él, que la amaba demasiado y se había dejado su familia y su país por ella. Noah era el representante de una universidad australiana que auspiciaba un programa de becas. Pasaba al menos la mitad del año trabajando con las solicitudes, evaluaciones y entrevistas de los candidatos. En ocasiones impartía charlas motivacionales

a los estudiantes de la universidad local que fungía como socio estratégico. Así se conocieron. Virginia acompañaba a Iveth a una de las charlas, pues se había divorciado hacía poco y estaba deseosa de alejarse de todo y de todos. A unas semanas de finalizar la maestría en negocios que cursaban juntas, vieron el anuncio de la charla y entraron a oír la.

El apuesto australiano llevaba el cabello largo y rubio sostenido en el cuello con una liga, a pesar de que algunos mechones se resbalaban y colgaban sobre sus hombros definidos y bronceados. Llevaba una camisa blanca que solo llegaba al antebrazo, sus vaqueros azules combinaban con sus ojos y las botas negras parecían adecuadas para cualquier escenario menos para el de una charla sobre becas universitarias para postgrados y doctorados. «Australia!», había susurrado Iveth dando un codazo a su compañera, que recordaba aquello mientras escribía el mensaje para Noelia en su teléfono y veía la foto de su exmarido en el perfil.

Fue un encantamiento a primera vista para ambos. La química no se hizo esperar y una extrovertida Virginia levantaba la mano varias veces para hacer preguntas. Su amiga la desconocía por completo; estaba coqueteando descaradamente con ella, la misma que meses antes había sido incapaz de impedir que el amor de su vida se casara con otra. Los nueve meses que duró el noviazgo parecieron una eterna luna de miel, con las interrupciones necesarias de sus regresos a Sydney, el resto del tiempo lo pasaron juntos.

Quando se casaron, sus familias tenían distintas opiniones acerca de dónde debían vivir, pero todos coincidían en algo: era decisión de la pareja. Para ella, Australia siempre fue un destino al que ir de vacaciones; allí pasaban algunas semanas, cuando las vacaciones de su trabajo se lo permitían. Eso no cambiaría, ya se lo había dicho muchas veces, y él lo había aceptado. Pero cuando nació Noelia, todo se complicó, él quería llevar a la niña a Sídney cada vez que debía viajar por su trabajo durante un mes. «Estaré bien con mis padres, mientras estoy en la universidad», decía él. «¿Dónde está mi hija, estoy yo!», decía ella.

Finalmente, luego de casi dos años de discusiones, a Noah le ofrecieron una vicerrectoría en la universidad. Era una tontería negarse, pues el programa de becas cerraría ese año y profesionalmente la oferta era un gran honor. Pero el puesto era en Sídney y a tiempo completo; ella se lo hizo fácil y le propuso el divorcio, acordaron amigablemente la custodia compartida de Noelia y, poco a poco, ella aprendió a desprenderse de la niña por algunos días, en ciertas épocas del año. Desprenderse de él fue más fácil, quizá demasiado. Se dejó llevar por una emoción y se casó con él sin amarlo; lo apreciaba, eso estaba claro, pero como a un gran amigo. En cambio, claramente él estaba mucho más enamorado y, a pesar de que en las parejas siempre habrá uno que quiera más, si uno ama pero el otro solamente quiere, es obvio que al final alguien saldrá innecesariamente herido. Ella

aprendí por experiencia.

Esperé una respuesta a su mensaje; le llegó una fotografía de su hija en la playa, luego un video de la niña enviándole un beso. Luego él le envió un beso. Afuera, el sol brillaba con nitidez apoderándose con su luz de todo el cielo. Comencé a vestirme.

Capítulo 11

Villas Paraíso estaba cuidadosamente clasificado en residenciales que respondían a los siete colores del arcoíris y no había más de treinta villas de cada color. La villa de la novia y las que habían rentado los invitados estaban en Paraíso Azul. Muy cerca de allí estaba Paraíso Cian, donde los huéspedes podían disfrutar de la playa y los salones para actividades.

En Paraíso Violeta estaban La Marina y el centro de actividades nocturnas, que, a pesar de tener poca actividad en días de semana, desde los viernes se convertía en una fiesta desde la tarde hasta el amanecer, una fiesta que muchas veces continuaba en Paraíso Cian. El resto de los colores eran residenciales con villas para huéspedes e instalaciones deportivas y recreativas comunes. La villa de los padres de Andrés estaba en Paraíso Naranja.

El jueves se dibujaba radiante. En una villa de Paraíso Azul, una impaciente novia intentaba comunicarse sin éxito por el celular con su dama de honor. El ensayo sería en unas horas y necesitaba hablarle, ni siquiera sabía si estaría a tiempo en Las Galeras. La villa de invitados estaba rentada desde el viernes y quería decirle que esa noche podría dormir con ella, pero no lograba localizarla.

En el comedor, a unos pasos de la novia, Lourdes movía cielo y tierra para conseguir a todos los miembros del cortejo antes

de las cuatro de la tarde en la playa. No era su primera boda, pero sÃ³ era la primera en Villas ParaÃ±o y tenÃ±a que quedar perfecta. Preparaba los guiones para la tarde, cuando escuchÃ³ a Iveth dejando un mensaje quejÃ±ndose de su dama de honor y se acercÃ³ con curiosidad.

â Pero estÃ±s llamando a Betina? LlegÃ³ ayer, no te preocupes! Â± Tengo todo resuelto con su alojamiento! â dijo Lourdes en tono triunfal.

â Betina? QuiÃ©n es Betina, por Dios? â exclamÃ³ la novia, visiblemente irritada.

â Tu dama de honor, Iveth! LlegÃ³ ayer temprano con todo lo que le pedÃ±! EstÃ± alojada con este chico que nos hace el favor de alojar a otros invitados desde maÃ±ana â dijo Lourdes completamente confundida.

â Lourdes! De quÃ© hablas? Mi dama de honor se llama Virginia, Virginia Duval, por Dios! Vas a provocarme un ataque! â respirÃ³ ligeramente aliviada Iveth, aunque visiblemente molesta con su planificadora.

â EstÃ±s segura? â insistÃ³ con incredulidad la jovencita, mientras agitaba los guiones que tenÃ±a en la mano buscando el nombre que tenÃ±a anotado.

â Pero claro que estoy segura! Â± Acaso no voy a saber cÃ³mo se llama mi mejor amiga? â le reclamÃ³ elevando el tono de voz y preguntÃ±ndose de dÃ³nde habrÃ±a sacado la idea de contratarla.

Finalmente Lourdes consiguiÃ³ encontrar a Virginia Duval en

su lista y le reiteró a la alterada novia que estaba alojada ya en otra villa, al menos hasta que estuviera lista la suya. Cuando le dijo en qué villa estaba, se aseguró de buscar en su lista el nombre correcto del dueño, pero la novia se dio tal susto que el ataque anterior le había parecido una broma comparado con este. Corrió a la cocina por agua y le preguntó si acaso había hecho algo mal al alojarla allí.

Pero Iveth no la escuchaba. Marcaba con insistencia el número de celular de Virginia, que seguía repicando sin respuesta. Intentó llamar a Andrés, pero obtuvo el mismo resultado; pensó en correr a la villa, que no estaba lejos de la suya y se detuvo para mirar a Lourdes, que seguía sosteniendo el vaso de agua con el rostro descompuesto por el miedo.

¡Eres una genio Lourdes! ¡No sé por qué no se me ocurrió a mí! ¡y se marchó escaleras arriba dejando a la chica más confundida que antes.

Iveth escribió los mensajes con la mayor rapidez que le daban sus dedos temblorosos. Por apenas unos segundos olvidó que era la protagonista de aquel fin de semana y siguió escribiendo. Finalmente su teléfono timbró.

¡Me puedes explicar qué pasa, por favor? ¡Vas a hacer que dé a luz antes de tiempo y entonces me perderé la boda! ¡reclamaba con curiosidad Gabriela desde la otra línea.

¡La chica hippie que me has recomendado para planificar la ceremonia enloqueció y los ha puesto a dormir

juntos! â##le decÃa Iveth sin poder ocultar las carcajadas.

â## Â¡Pero, por Dios, no te entiendo nada! Â¡Has escrito en el mensaje puras consonantes! Â¡CreÃa que tus sobrinos habÃan tomado el telÃfono! â##insistÃa su amiga, que por su embarazo de casi ocho meses no llegarÃa sino hasta el sÃbado.

â## Â¿De verdad? Â¡Juraba que habÃa escrito claramente! Â¡En fin, que Lourdes ha mandado a Virginia a dormir desde ayer en casa de los padres de AndrÃs! Pensaba que Ã©l vendrÃa el sÃbado. Â¡Esta chica le cambia los nombres a todo el mundo y me dijo antes que quien llegaba el lunes era Ãngel, un amigo de GastÃn! â##trataba de explicar con creciente emociÃ³n Iveth.

â##Â¡Â¡Â¡No te lo puedo creer!!! Â¿Pero, quÃ© te dijo Virginia? Â¡De seguro pensÃ³ que fue tu idea y te quiso matar! Â¿Y esperas hasta ahora para decÃrmelo? Â¡Si ella saliÃ³ ayer pasado el mediodÃa! â##le reclamaba con vehemencia Gabriela.

â## Â¡Pues te dirÃ© que no he hablado con ella! Ni siquiera sabÃa que habÃa llegadoâ#! Me acabo de enterar. Como esta chica cambia los nombres a todos, me decÃa que lo que se necesitaba me lo habÃa traÃdo una tal Betina. PensÃ© que era su empleada o algoâ#! â##continuÃ³, excitada, Iveth.

La conversaciÃ³n se extendiÃ³ unos minutos mÃs y la curiosidad por saber lo que habÃa pasado en las Ãltimas veinticuatro horas las mantuvo en vilo a ambas un par de horas mÃs. El sol seguÃa brillando con insistencia, eran las dos de la tarde y el ensayo se realizarÃa a las cinco. Mientras tanto, en

la villa número diecisiete, dos celulares vibraban incesantes en alguna parte del entrepiso.

Capítulo 12

El animado joven del clima anunciaba un sol cálido durante la mañana y brisa ligera para todo el fin de semana. Lourdes respiraba aliviada porque, exceptuando el incidente del cambio de nombres que casi le provoca un ataque de nervios unas horas antes, estaba saliendo todo de maravillas. El cortejo estaba compuesto por la dama de honor, dos damas adicionales, la niña de las flores y el sobrino de la novia, que entregarán los anillos.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.